

PERSEIDAS

ANDREA PRIETO PÉREZ



PERSEIDAS

PERSEIDAS

Andrea Prieto Pérez

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal).

©Andrea Prieto Pérez, 2020

© Ilustración: Eicinic, 2020

©Ediciones Dorna, 2020

www.edicionesdorna.com

Impreso en España por Podiprint

ISBN: 978-84-121102-9-6

IBIC: FK

Aviso de contenido sensible: agresión física, secuestro.
Si necesitas más detalles sobre contenido sensible
contáctanos en nuestro Twitter [@EdicionesDorna](https://twitter.com/EdicionesDorna) o nuestro
Instagram [@edicionesdorna](https://www.instagram.com/edicionesdorna).

*Para los que cuando me caí me ayudaron a levantarme sin
pedir nada a cambio.*

«Amor y deseo son dos cosas diferentes;
que no todo lo que se ama se desea,
ni todo lo que se desea se ama».
Miguel de Cervantes.



UNO

—Cada cinco años, el quince de agosto, en la playa de redondas piedras cristalinas del norte de la Isla de Narida, las perseidas comienzan a caer con suavidad, una tras otra. Se puede seguir su estela dorada en el cielo y, finalmente, ver cómo tocan el agua.

»Aquel que consiga encontrar una de las perseidas recibirá todo lo que desee... ¿Vale así?

El encuadre de la cámara se mueve y pasa de enfocar el cielo rojizo a mostrar el rostro de la presentadora del programa. Jessica Mason arquea las cejas, a la espera de una respuesta. Chasquea la lengua cuando no la obtiene, enfadada. Le dura poco y alza las manos.

—De acuerdo, lo volveré a decir. ¿Más despacio? ¿Comento algo de que estamos aquí? Pensaba dejarlo para la publicidad. Eh, Simon. —La imagen cambia de nuevo, borrosa hasta que consigue afianzar el gesto crispado de la periodista—. ¿Estás aquí conmigo o qué?

—Está bien, Mason.

—¿Suena demasiado pedante?

—Todo el mundo dice lo mismo, ¿qué más da?

—Precisamente por eso. Va, voy a cambiar.

La mujer estira la espalda y cuadra los hombros. Tarda unos segundos más en componer una sonrisa ladina, más un desafío que un gesto amable para atraer a los espectadores. Detrás de ella, los cristales de la playa reflejan la luz de las antorchas que se han colocado por toda

la orilla, como pequeñas luciérnagas que piden ser cazadas. Las siluetas oscuras de los que han conseguido el pase no son más que fantasmas.

La imagen se mueve para ofrecer una panorámica de toda la playa. Es más grande de lo que se aprecia en las fotografías, con rocas que custodian ambos extremos. También hay unos cuantos fantasmas apostados en las piedras más altas, como si estuvieran dispuestos a tirarse al mar. Se distingue una red. Están prohibidas desde los años cincuenta.

—¡Simon!

La voz de Jessica Mason suena mientras la imagen se amplía hasta mostrar un plano más cercano de dos turistas que se encuentran caminando por la orilla. No dura lo suficiente como para lograr enfocar los rostros, algo la sacude. Se escucha de fondo la protesta de la periodista, pero de pronto todo lo que ocupa el encuadre es una negrura que se fragmenta.

—¿Estás grabando eso?

En el cielo, las estelas de las que ha hablado Jessica en la primera prueba brillan, amenazantes. Se escuchan aplausos y murmullos, alguien grita. La cámara muestra la caída de las primeras estrellas contra el horizonte, en un mar que parece revolverse. El firmamento sigue iluminándose a medida que más perseidas se unen a ese baile en dirección a la Tierra. Algunas desaparecen en el camino, su brillo se pierde en la noche, pero la gran mayoría consigue tocar el agua, que burbujea igual que si hubiera una ballena esperando.

—Mira eso, Simon, ¡ahí abajo! ¡Simon, allí!

La imagen cambia con brusquedad, cuesta que se vuelva nítida de nuevo y en la oscuridad danzan durante demasiado tiempo los reflejos indiscretos del fuego. Se escuchan los gritos de Jessica mientras tanto, que tendrán que ser editados aunque se mezclen con los del resto del público.

Dos figuras salen del agua. Una de ellas sostiene con cuidado a la otra, como si fuera a romperse contra la arena tal y como lo hacen las olas. Un brillo dorado le recubre el cuerpo, parece hecha por los mismos cristales que hay en la arena. Todo se difumina de golpe, los colores se mezclan y se unen de nuevo para mostrar la cara de Jessica, con su pelo rojo encendido en la noche.

—¿Lo estás grabando todo?

Hay un fundido a negro. En seguida vuelve a aparecer Jessica con el micrófono en las manos. Abre mucho los ojos, como a la espera de una orden que no aparece en la imagen, y después relaja la expresión en una sonrisa desenfadada en la que se aprecia la pequeña piedra preciosa de uno de sus colmillos, su marca personal.

—Como todos los años de la caída de las perseidas, Canal Siete nos enorgullecemos de transmitir en directo desde la playa de Narida y de que todos ustedes hayan podido acompañarnos. Sobre todo cuando la noche de hoy ha sido tan especial que será recordada como una de las más bellas de la historia —asegura Jessica. El plano se abre mientras sigue hablando—: Hasta ahora solo dos personas de fuera de la isla habían conseguido atrapar una de las estrellas y solo otra noche en la que la suerte se haya acercado tan poco a nosotros, después de una caída tan espectacular como la que acabamos de vivir.

»Tengo a mi lado a Honora Glove, la hermana del famoso Colm Glove, que ha sido la estrella de esta noche. Honora, enhorabuena.

La mujer que hay al lado de Jessica apenas sonrío. Lanza una mirada discreta a la tercera persona que ocupa el plano y, después, al resto del público que se ha concentrado a su alrededor para atender a la primera entrevista. Tiene los labios pintados de rojo y hace una mueca antes de hablar:

—Gracias.

En la grabación, se puede ver que la sonrisa perfeccionada de Jessica se resquebraja unos segundos

antes de recomponerse con aplomo. El micrófono pasa de dirigirse de Honora Glove a su acompañante, que se encoge sobre sí misma. El plano se centra únicamente en ella, como si la cámara fuera atraída por un imán. Tiene los ojos tan oscuros como la piel, enormes, y las pestañas negras conservan todavía pequeñas gotas de agua entre sí. No parpadea, cuesta saber si está respirando de verdad.

—¿Cómo vas a llamarla, Honora? —pregunta la voz de Jessica.

La perseida ladea la cabeza para mirar a su acompañante. Los focos captan de nuevo el brillo dorado en su piel.

—Enid. —Se escucha contestar a la afortunada de la noche—. Mi perseida se llamará Enid. Muchas gracias a todos.

—¡Espera un segundo!

Unos dedos aparecen frente a la imagen y la vuelven opaca; luego, la mueve. Se escuchan las quejas de fondo, unos cuantos gritos. Lo último que se ve son los pies descalzos de la perseida alejarse por la carretera.